



LA CIUDAD DE LOS PECES

César Yumán

Ilustraciones de Victoria Corona


loqueleo

SANTILLANA

Índice

I Ernesto / El arribo	7
II Alejandra / Cardumen FC	17
III Ernesto / Encuentros inesperados	27
IV Alejandra / Un sabio, un marinero y un enorme pez	33
V Ernesto / El origen	39
VI Alejandra / La casa silenciosa	51
VII Ernesto / Camisa grande	57
VIII Alejandra / La ruta del descenso	63
IX Ernesto / El descenso	69
X Chofó / Luces sobre Ernesto	83
XI Alejandra / Autos-ratón	87
XII Ernesto / Aves-espejo	93
XIII Alejandra y Chofó / Estamos hechos de diferencias	97
XIV Ernesto / Laberinto de ríos y espejos	103
XV El sabio	131
XVI Ríos flotantes	145



I

Ernesto / El arribo

El tren era como una lombriz gigante y ruidosa. Y Ernesto se mareaba cuando esa lombriz se introducía en la tierra sin previo aviso. Aunque, a juzgar por sus franjas azules y verdes, el tren parecía más un dulce gigante que una lombriz. Ernesto no se explicaba por qué su madre lo había mandado tan lejos. No había hecho nada malo. Solo quería que lo dejaran en paz, estar todo el día en la cama. El viaje tardó más de cuatro horas, y su estómago, al llegar, estaba revuelto.

Cuando bajó del tren-lombriz vio a un hombre muy alto y a una mujer muy baja delante de él.

Caminaban tomados de la mano. Eran jóvenes y se veían muy enamorados. El hombre se agachaba mucho para acariciar de cuando en cuando a su acompañante.

Mientras salía del andén, Ernesto decidió jugarles una broma. Esto le dibujó una pequeña sonrisa de solo pensarlo. Eso era algo raro, la sonrisa, ya que en el último año prácticamente no había sonreído. «Cuando se besen otra vez les tiraré un papelito», pensó.

El papel voló como flecha. Aunque Ernesto se preciaba de tener buena puntería, no acertó en el blanco. El papel se enredó en el cabello de una chica a la cual no pudo verle el rostro. Ella no reparó en lo sucedido. Ernesto sintió un poco de culpa y la siguió. Quiso quitarle el papelito sin que se diera cuenta —quería, en realidad, pegárselo a cualquiera de los enamorados—. Lamentablemente, la chica caminaba muy rápido. Tuvo que apresurarse.

Ya en el pasillo que conducía a la salida, él estaba dos o tres pasos atrás de la chica. «Esta es mi oportunidad», se dijo. Levantó su mano y la acercó al cabello ondulado de su inocente víctima. Todo iba bien hasta que una ancianita gritó: «¡Ladrón! ¡Un ladrón!».

Para cuando todos voltearon, Ernesto ya había salido corriendo del edificio. Corrió dos cuerdas más y se detuvo nervioso y asustado. No podía creer que lo confundieran con un ladrón cuando en realidad solo deseaba quitar un pedazo de papel del cabello de aquella chica. Era cierto que había hecho mal al lanzarlo, pero era injusto que lo confundieran con un ladrón.

Secó su frente con el puño de la camisa y se quedó pensando un momento en el fino cuello de la chica.

Le habría gustado ver su rostro. Sonrió. No se imaginaba lo que aquellos días les deparaban.

Sudando, tropezando y temblando —aún continuaba nervioso—, entró en una tienda. Pidió una botella de agua. La destapó y le dio dos enormes tragos. Entonces quiso pagar, pero no había dinero en su bolsillo. No lo encontró por ninguna parte. Metió la mano hasta el fondo de su bolsón y encontró una moneda. Seguro que por la tremenda carrera había dejado tirada su billetera.

No tuvo más opción que explicar lo sucedido. El hombre que atendía la tienda sonrió pensando que era una broma. Ernesto le devolvió torpemente la sonrisa. No obstante, cuando el hombre notó que no era una broma, frunció el ceño.

Ernesto notó restos de sopa en el bigote del hombre —seguramente del almuerzo—. Se disponía a decírselo, cuando el hombre sacó de detrás del mostrador su confiable tubo de acero, lleno de abolladuras por personas que no habían salido corriendo.

Ernesto corrió tan rápido como pudo y el hombre del tubo también. La ventaja de Ernesto era su velocidad. El hombre de la tienda nunca había tenido que seguir a nadie que corriera tan rápido, de manera que tras algunas cuadras se vio obligado a detenerse.

En su última huida corrió más de ocho cuadras llenas de autos y casi fue atropellado dos veces. Además, pasó empujando a una niña, y la mamá le gritó cosas que ni siquiera entendió. Cuando se detuvo, ya estaba perdido. Mientras recuperaba el aire, Ernesto pensó que en la ciudad nadie hacía ejercicio, por lo menos no tanto como el que hacía la gente del campo.

Las instrucciones que le había dado su madre antes de partir de casa eran sencillas: «Al salir de la estación caminas dos cuadras a la derecha, una a la izquierda, y enseguida te subes en un autobús verde. No te subas en uno azul. Los azules son

pájaros que no vuelan. Ya están muy viejos. Tienes que subirte en uno verde, en un grillo. Le dices al chofer que vas al parque Cardumen para que te indique dónde tienes que bajarte».

Ernesto había entendido las instrucciones de su madre, pero no había reparado en lo que le dijo después.

«No te guíes nunca por los ríos flotantes, porque no siempre están igual. En la casa de estudiantes das tus datos, y ellos te indicarán qué hacer». Esto fue lo último que le dijo su madre antes de echarse a llorar.

Fue muy triste para ella que su pequeño Ernesto —que ya no era tan pequeño— se marchara. Había sido una decisión difícil enviarlo tan lejos. Pero creía que eso era lo mejor para él.

Ahora el pequeño Ernesto estaba perdido. Y entonces se acordó de dos cosas más que le había dicho su madre.

No tenían nada que ver con la dirección de la casa de estudiantes, pero así son los recuerdos.

—¿Los grillos son como las bicicletas?
—preguntó Ernesto.

—Ya verás cuando llegues allá. Son muy grandes. Y si está vacío el bus, siéntate adelante. Te lo digo por experiencia.

—¿Y por qué no tengo que guiarme por los ríos que flotan? —dijo Ernesto, pensando en esos ríos inmensos elevados en el aire, imaginando a los peces seguir la corriente transparente y deseando llegar para tomar fotografías.

—Porque están vivos y, aunque nadie sabe por qué, hay días en que los ríos flotantes se elevan más.

Ernesto, cansado y sudoroso, pensó que lo mejor sería abordar un taxi. Se sintió torpe al recordar que había dejado tirada su billetera. Pero era una suerte que nunca tuviese allí más que dinero.

También era una suerte no haber traído más de dos mudadas de ropa en su mochila.

Su madre le enviaría el resto de sus cosas directo a la casa de estudiantes. Llevarlas con él habría sido muy costoso y «no tenían dinero para estar desperdiçándolo», había dicho ella.

Transportar paquetes era más caro que transportar personas.

En una esquina, un hombre vendía estatuas pequeñas de peces anaranjados y rojos. Ernesto se acercó a él para pedirle la dirección de la casa de estudiantes. «Son muy bonitos», le dijo, y el hombre, emocionado, le dio las gracias. Ernesto no le dio tiempo de ofrecerle ninguno y sin más preguntó por la dirección. Mostrando sus enormes dientes, el vendedor le respondió: «No tengo idea». Pero su rostro indicaba lo contrario.

No tuvo más opción que dirigirse a una ancianita que acababa de bajarse de un taxi.

La señora ya había pagado la carrera e intentaba abrir la puerta de una casa de color verde, cuando Ernesto se acercó a pedirle la dirección. Al ver al jovencito despeinado y sudoroso gritó: «¡Ladrón! ¡Ladrón!». Sí, era la misma ancianita de la estación.

Ernesto vio en todas direcciones antes de echarse a correr de nuevo. Sus pasos se alejaron con rapidez mientras era perseguido por un perro enorme que la ancianita había dejado salir.